

LA UNIDAD ITALIANA



A lucha que en defensa de su libertad é independencia tiene hoy que sostener la Iglesia en todos los pueblos agitados por la revolucion, toma proporciones, más graves todavía que en ninguna otra parte, sobre el suelo de Italia. En aquella tierra, pátria y heredad del mundo católico, la política revolucionaria proclamando el despojo de los reinos y atribuciones temporales de la santa sede, pisoteando el derecho de gentes y los más vulgares principios de la verdadera libertad religiosa, intenta destruir la constitucion de la Iglesia católica, destronando al padre comun de los fieles en la misma capital del orbe cristiano. Merece estudio aparte y especial meditacion este gran escándalo, que impasible está presenciando nuestra edad, y que, amenazando en su esencia misma toda la constitucion cristiana, cubre de siniestros preságios los destinos europeos.

El movimiento de razas y nacionalidades ha producido en nuestros días en el seno de Europa dos nuevas, grandes y poderosas entidades políticas. Pero formadas á un tiempo mismo estas dos nuevas naciones, en nombre del principio de la unidad nacional, ni han seguido iguales procedimientos de unidad, ni se han cimentado en iguales principios, ni se han organizado de igual manera, ni ofrecen iguales esperanzas de duracion. La formacion del nuevo imperio germánico, dirigida por la inteligencia fria y serena de un verdadero hombre de Estado que sabe apreciar los hechos sociales que en su pátria y fuera de su pátria se agitan, y los encadena con voluntad de hierro á un fin preconcebido, y no deja al acaso ninguno de aquellos problemas cuyo desenlace puede la política de alguna manera conjurar ó resolver; dirigida por una astucia que no pierde ni una sola ocasion que le brinden las circunstancias y la fortuna, para aprovecharse de ellas; la formacion del imperio aleman, hija, en fin, de las combinaciones más profundas de las artes de la diplomacia y de la guerra, se apreciará siempre

como una obra maestra de la política, y promete ser de larga vida y duracion en la organizacion de los estados europeos.

Y no negaré que al llevarse á efecto tal empresa no se hayan cometido graves faltas. Gravísimos yerros han cometido en materias fundamentales al consumir su obra los hombres de Estado encargados de su direccion. Cuando se estaba organizando una unidad política; cuando se trataba, sobre todo, de robustecerla y consolidarla, el haber suscitado la cuestion interna que más divide los ánimos, promoviendo la lucha y la persecucion religiosa, ha sido una de las faltas, uno de los yerros más imperdonables de que puede hacerse culpable el hombre encargado de la gobernacion de un Estado. No fué más acertado haber admitido como auxiliares elementos revolucionarios y anárquicos, y haberles dado la mano, y aumentado su fuerza é importancia dentro y fuera de la pátria, á riesgo de que más tarde, á medida que vaya adquiriendo mayor desarrollo el gérmen maléfico, estos elementos de anarquía, con sus pasiones ciegas y destructoras, se conviertan en el peligro más grave que amenace la existencia y prosperidad del reciente imperio. Mas todo bien pesado y medido, hecha la parte de los aciertos y de los yerros, la creacion del nuevo imperio germánico ha sido obra bien dirigida, y que dentro de las apreciaciones humanas reúne todas las apariencias de estabilidad.

Pero ni áun desde el punto de vista de la prudencia humana puede decirse otro tanto de la reciente unidad de Italia. Nada más justo para Italia que el deseo de romper el yugo de la dominacion extranjera. Ya en los primeros años del siglo XVI la esclavitud de la pátria arrancaba patéticos gemidos al profundo Maquiavelo, y este político, el más eminente de su siglo, concluía su libro *Del Príncipe* exhortando á Lorenzo de Médicis á que librara á la pátria de las devastaciones de los bárbaros extranjeros, que llenaban de amargura el corazon italiano. Conocido es el grito *fuori i barbari* que tan poderoso resonó por Italia en los días de Julio II. Seria indigno del título italiano todo aquél que sobre el suelo privilegiado de la hermosa Italia no se sintiera conmovido por tales lamentos y abrumado de amargura ante los estragos de tanta discordia.

Hoy, sobre todo, que estamos sintiendo el predominio avasallador del germanismo, y que las razas del Norte intentan constituirse

en árbitras de los destinos del mundo, había necesidad que surgieran de su postración las razas meridionales, y principalmente, entre las razas latinas, los dos pueblos que ocupan las dos penínsulas occidentales del Mediodía de Europa, pueblos en otro tiempo dominadores de la tierra, razas poderosas que la historia ha señalado como destinadas al imperio y dirección de la familia humana. Estas dos razas superiores fueron las soberanas naturales del mundo siempre que supieron dominar sus discordias intestinas. En cuanto llegaban á vencer la anarquía interior y constituirse con unidad vigorosa, en todo tiempo á sus manos venía á parar sin remedio el cetro universal, y únicamente las propias disensiones se lo podían arrebatarse. Ninguna nación ha sabido dominar como ellas las artes de la política; ninguna raza ha ejercido tan grande y poderosa influencia en la marcha de la historia y en la cultura moral é intelectual de todos los pueblos; ningún pueblo, excepcion hecha de la antigua Grecia, les ha podido disputar tampoco la superioridad en ciencias y artes. No conoce la tierra nombre tan grande y glorioso como el de Roma. La antigua señora del universo constituyó, con sabiduría política aún no igualada, una dominación sin ejemplo en los anales de las edades pasadas, y que probablemente tampoco tendrá igual en todos los siglos venideros. Los límites de su imperio fueron los límites naturales del mundo conocido; más allá de aquellos mares y desiertos inexplorados, que constituían las fronteras del imperio romano, no había más que tierras inhospitalarias y horizontes envueltos en las nieblas de la barbarie, regiones misteriosas, en fin, que entonces sólo Dios conocía. Desapareció aquel imperio; pero sobre el suelo de su metrópoli se levantó la Roma cristiana, que es hoy, y lo será probablemente hasta la consumación de los siglos, cabeza de otro imperio todavía más admirable y gigantesco que el constituido por la Roma pagana.

Entre las naciones cristianas, la historia de España es la única cuyos fastos se puedan comparar con la de Roma. Desde la caída del imperio romano, únicamente la raza heroica que vive nuestro suelo ha sido capaz de escribir en la historia páginas de empresas tan gigantescas y hazañas tan inmortales como las del pueblo del Lácio. Y aún los tiempos más memorables de las grandezas del pueblo rey, no refieren una época de dominación y supremacía política tan extraordinaria como la de aquel siglo de la grandeza de

España, en que, recién unidos bajo un solo cetro los diversos reinos de la Península, nuestra raza, hallando demasiado estrechos los límites del suelo pátrio para los grandiosos proyectos que revolvía, se desbordó como conquistadora por toda la superficie de la tierra, humilló la media luna, descubrió, conquistó y civilizó nuevos mundos, sometió la Italia, venció á Francia, convirtió á la Germania en satélite de la política castellana, y llenó de espanto á Inglaterra, poniéndola en el apurado trance de no esperar su salvación más que de las tempestades. La majestad católica extendió entonces su soberanía en el mundo civilizado y en el mundo bárbaro sobre territorios más extensos que los que constituyeron el imperio de la majestad romana. Tenía el rey católico lo que no ha tenido ningún príncipe cristiano: á un tiempo el dominio de la tierra y de los mares. El *non plus ultra* que llevaba escrito en su escudo de armas era, sin exageración, el lema más apropiado para tan gigantesco poderío.

Hoy estos dos pueblos reyes viven en postración y decadencia. Como siempre, su desunión interior es la causa de su servidumbre, y de que aparezcan entre las naciones como reyes destronados. Los tristes elementos de discordia que consumen toda su actividad, y los mantienen como en estado de descomposición y disensión perpétua, hacen entre ellos imposibles los frutos de un buen gobierno. Mientras tanto las razas del Norte, y principalmente la germánica, han adquirido accidentalmente funesta prepotencia. El interés de la propia conservación en las razas latinas aconseja, pues, que vuelvan á la prosperidad y buen gobierno los dos pueblos heroicos de ambas penínsulas, y nuestro siglo siente necesidad imperiosa de que cese la decadencia de España y la servidumbre de Italia.

Nada más natural, por consiguiente, que pueblos, reyes y pontífices pensaran en libertar á Italia. Pero el desecho de la libertad nacional, si no había de quedar reducido á sentimiento patético encerrado en un pecho oprimido, necesitaba pensar en el medio de romper el yugo. Italia, lacerada por las disensiones, dividida en múltiples Estados independientes, sin ninguna armonía, sin ningún lazo de unión entre sí; Italia, devorada por todos los estragos de perpétuas discordias civiles, convertida en campo de batalla de Europa, en palenque de la ambición española y de la

codicia alemana y francesa, había ella misma llamado sobre su suelo á los conquistadores. De tal manera estaba borrado el nombre de la patria italiana, que un diplomático ilustre pudo decir á Europa en una nota oficial, que «Italia no era más que una expresion geográfica». Las discordias italianas, la division italiana, habian producido la esclavitud de Italia. La unidad debía devolver á Italia su libertad. De manera que la primera condicion para que Italia fuera libre, era que Italia fuera una. La libertad italiana y la unidad italiana fueron, por lo tanto, principios inseparables, palabras sinónimas para todo aquél que tomara algun interés por la noble tierra.

¿Cómo había de hacerse la unificación italiana? ¿Era justo, prudente, sensato, era siquiera posible, para crear una unidad estable en Italia, recomponer de nuevo la Italia entera; crear en todo el territorio de la península Itálica y del reino de Sicilia una república ó una monarquía constitucional, una é indivisible, suprimiendo Estados y dinastías, arrancando á los príncipes reinantes sus coronas, á los principados su autonomía y al papa la soberanía de sus Estados pontificios, soberanía que desde siglos remotos forma parte como hecho necesario de la constitucion tradicional de la Iglesia, y viene siendo como la condicion temporal indispensable para la independencia de la soberanía espiritual del pontífice? ¿Era, no diré justo, puesto que vivimos en siglo de revolucion, y las revoluciones no consideran lo justo; pero era acaso propio del más mediano criterio pensar en una unidad duradera, edificándola sobre la abolicion violenta de los diversos Estados italianos, y su absorcion en un Estado único, principalmente cuando entre estos Estados se hallaban los Estados pontificios, que son como patrimonio universal de la cristiandad? ¿Era proceder sensato, al constituir la obra peligrosa y difícil de la unidad nacional, arrebatando al pontificado la ciudad eterna para convertirla en capital de un reino constitucional, ó en centro de una república, atentando á los derechos de la Iglesia y poniéndose frente á frente de los más caros intereses católicos? Si el príncipe de Bismark, en vez de levantar el imperio germánico sobre el principio de la confederacion, lo hubiera edificado con arreglo al sistema seguido en la unidad italiana, aunque el rey Guillermo de Prusia se hubiera ceñido en Versalles entre inauditos triunfos la diadema de rey y emperador

de Alemania; aunque los sucesores suyos pudieran reproducir en el trascurso de varias generaciones las mismas glorias nacionales, yendo á coronarse en París, ó en Viena, ó en San Petersburgo, todavía la unidad alemana, así constituida, no sería unidad estable, y muy próximamente pesarian sobre sus destinos pavorosos desquiciamientos, que habrían de derrumbar la obra edificada sobre arena. Con mayor motivo se ciernen ahora iguales preságios sobre el nuevo reino de Italia.

Tenia Italia un medio legítimo de conquistar á un tiempo su independencia nacional y la libertad en las instituciones del gobierno interior de sus Estados. Este medio único consistía en levantar la unificación italiana sobre la base de la confederacion. Acaso en ninguna época se mostraron las cosas más propicias que en nuestros días para llevar á cabo esta obra patriótica. Había desaparecido el antiguo excesivo fraccionamiento de su territorio, dividido en extraordinario número de soberanías distintas é independientes; las antiguas rivalidades y discordias civiles no bullían ya en el corazón italiano; todos los Estados se prestaban á la formacion de esta liga, que devolvía á Italia la unidad, si no del trono, al ménos la más preciosa de los intereses y de los sentimientos comunes, la unidad de bandera, de ejércitos, de diplomacia, de aduanas y de alta administracion.

Y no sólo existían estas condiciones inmejorables de buena concordia, sino que entre las mismas soberanías que tenía la fortuna de contener aquel suelo, había algunas que, por la naturaleza misma de su institucion y de su carácter, presentaban ya de antemano resuelta la dificultad más delicada y compleja que puede presentarse en la constitucion de las confederaciones: la dificultad de la preeminencia. Cuando se fundó la república de los Estados-Unidos norte-americanos, ninguna de las ciudades de la confederacion quiso renunciar al derecho de que se reuniera el congreso federal en sus muros; imposible se hizo llegar á un acuerdo sobre este asunto delicado, y para resolver la discordia no hubo otro remedio que edificar una nueva ciudad, que fuera residencia del gobierno central: y Washington, la ciudad-reina, nació de este conflicto de preeminencias. Los italianos no tenían que pensar en conflicto semejante: la Providencia se lo brindada de antemano resuelto. El pontificado, asentado sobre aquella tierra privilegiada; el pontifica-

do, con su eterna y grandiosa mision en la tierra; el pontificado, que guardaba y representaba á Roma, capital de la cristiandad, y hacia del papa un príncipe electivo de Italia, rey, pequeño y débil en el órden temporal, pero coloso sin igual en el órden de la autoridad moral, constituía el poder más á propósito que jamás conocieron los hombres para ponerlo al frente de una liga de los pueblos italianos confederados.

Por otro lado, se hallaba al pié de los Alpes un Estado, que parecia como la espada destinada á ser la guardiana de la independencia de Italia. Ese Estado era el Piamonte. Colocado entre Alemania y Francia, que se disputaron el dominio de Italia, supo, sin embargo, guardar su independencia en medio de la contienda secular de los dos poderosos rivales; y hábilmente gobernado por una dinastía de príncipes sagaces, recibió constantemente de las grandes naciones europeas muestras de consideracion, superiores á su importancia política.

Apreciando estos grandes é inestimables elementos sociales y políticos que en su pátria hallaban para la unidad con la confederacion, los más ilustres pensadores de Italia se declaraban de unánime parecer sobre este punto. Hugo Póscolo escribía en 1815: «Los italianos queremos y debemos querer con toda nuestra alma, que el papa soberano, supremo tutor de la religion de Europa, príncipe electivo de Italia, no sólo subsista y reine, sino que reine siempre en Italia y defendido por los italianos..... Hemos olvidado la sobrehumana fortaleza de aquel gran pontífice, Gregorio VII, que hacia consistir la dignidad temporal de la Iglesia en la independencia de las ciudades italianas, y por tanto, en la confederacion de éstas, el apoyo más seguro de sus pastores.» El conde De Maistre, ministro plenipotenciario del rey de Cerdeña en Rusia, hombre de Estado tan profundo en juzgar los primeros actos de la revolucion y en profetizar sobre ellos, como diplomático sagaz en comprender la mision del Piamonte en Italia, escribía desde San Petersburgo en 1815 al ministro de Estado del rey su amo: «Il est bien à desirer que les souverains viennent à reconnaître l'importance même politique de ce grand personnage (du Pape) en Europe. Qui sait si les puissances schismatiques ne nous précéderont pas sur ce point?... Il n'y a pas longtemps encore qu'un personnage ministeriel anglais disait, dans une très-bonne com-

«pagnie de cette partie du monde, que tout homme qui parle d'ôter un pouce de terrain au Pape, devrait être pendu. Pour moi, je consens volontiers, pour éviter le carnage, qu'on change pendu en sifflé»¹. Gioberti² decía á su vez: «La redencion de Italia es imposible alcanzarla sin el concurso de las ideas religiosas. La Península no puede ser una, libre y fuerte, si Roma, su centro y cabeza moral, no conquista derechos políticos. Se han frustrado hasta ahora todas las tentativas, porque al ponerlas por obra no se hizo caso alguno del clero, ni se han tenido en cuenta las creencias comunes. La religion es la base del génio nacional. Roma es la metrópoli moral y política de Italia; la sola organizacion hoy dia posible en Italia es una confederacion de príncipes, presidida por el pontífice.» César Balbo reproducía estos sentimientos de Gioberti, viendo en el papa la gloria perpétua, la antigua y constante tutela, la nueva esperanza de la nacion italiana, y prodigando al mismo tiempo consejos y alabanzas á Carlos Alberto para que se hiciera eco de la restauracion italiana. Hasta el mismo Daniel Manin, presidente de la república de Venecia, escribía: «En las condiciones actuales (1848), la *unidad* de Italia es imposible; pero es necesario que por lo ménos se *unifique*; es decir, que se forme una confederacion de estados italianos.... Es tambien necesario que los diversos Estados, en su extension y composicion, se funden sobre tradiciones históricas, y no se intente confundir pueblos de origen y costumbres distintas. Necesario, en fin, que no se prohiba la forma republicana á tal Estado, que se sintiera preparado y dispuesto para tomarla, y encontrara inútil pasar por la forma transitoria de la monarquía constitucional»³. Demasiado conocidas son las ideas de Peregrino Rossi para que necesite evocarlas. Pio IX acogió lo que tenian de noble estas patrióticas ideas sobre la libertad de Italia. Dignos de toda alma generosa, y dignos, sobre todo, de la gran mision política que los papas han desempeñado siempre en Italia, fueron los propósitos del gran pontí-

¹ De Maistre. *Correspondance diplomatique*, t. II, p. 72. Véase tambien *Du pape*, lib. II, art. 3.^o *La libertad de Italia*.

² *Jesuita moderno*, t. V, p. 115. Véase tambien *Primato civile e morale degli Italiani*.—Proleg.

³ *Documents et piéces authentiques, laissés par Daniel Manin, président de la republique de Venise, traduits sur les originaux*, par F. PLAUNAT de LA FAYE, t. I, página 264.

fice cuando inauguró su reinado con profundas reformas en la gobernanación de los Estados pontificios. Hizo en favor de la causa de Italia cuanto á un pontífice le era dado hacer, y la nación se estremeció al grito de «viva Pio IX.»; y Roma y el pontificado fueron mirados como el corazón de la confederación italiana, y como su espada el Piamonte.

Días de grandes y halagüeñas esperanzas fueron aquellos para Italia: todo parecía anunciar que se iba á formar allí un vínculo estable y fecundo de unidad nacional; que la pátria italiana iba á ser una y libre para siempre, porque al operar la transformación más gloriosa de su historia se respetarían en ella todos los intereses legítimos: las tradiciones y los derechos de los siglos que fueron, como las esperanzas y los derechos de los siglos por venir; los derechos y libertades del pueblo, como los derechos de los gobiernos; los derechos del catolicismo, no ménos que los derechos de la pátria italiana.

Grande hubiera sido Italia, sólida su verdadera unidad, aún más sólida mil veces que la nueva unidad germánica, si sabiendo aprovechar los grandes elementos y los inapreciables tesoros sociales que encerraba, hubiera seguido el camino que parecía indicarle la Providencia. El papa, á un tiempo rey primado de la Italia confederada y cabeza visible de la Iglesia; Roma, á un tiempo capital de Italia y capital y centro comun del catolicismo, hubieran comunicado á la nueva situación el sello de majestad y grandeza que el pontificado imprime sobre todo aquello que se pone en contacto con la poderosa fuerza constituyente de la tiara.

Pero en lugar de tan generosas concepciones, acariciadas por no pocos hombres de Estado italianos, Cavour y Mazzini se encargaron de unificar á su pátria, y el espíritu revolucionario de nuestra edad se arrojó sobre los campos de Italia, y con su soplo huracanado acabaron las esperanzas al mismo tiempo que los recuerdos. Cavour y Mazzini, diplomático sagaz y de primer orden, aunque no tan buen político el primero, y hombre el otro de los de más profunda experiencia que se han conocido en el arte de conmover las pasiones revolucionarias y de organizar los elementos de anarquía para producir las conmociones sociales, se propusieron crear la unidad italiana, el uno á nombre del Piamonte y de la monarquía constitucional de la casa de Saboya, el otro á nom-

bre de la república una é indivisible. Para conseguir su objeto uno y otro, no reconocieron más derecho que los triunfos de la iniquidad y de la violencia, y se reprodujeron allí las vergüenzas inseparables de las revoluciones. Hombres que se decían ilustrados, olvidaron las lecciones de la historia, y cometieron estupendas atrocidades y sacrilegios políticos; hombres que se decían honrados, pisotearon la justicia y los más santos principios del derecho de gentes; hombres que se decían liberales, mutilaron la libertad. Se pidió al pontífice lo que jamás podrá otorgar ningún pontífice: se le pidió que renunciara á su soberanía temporal. Se quiso que el papa reformador se convirtiera en papa revolucionario. Se quiso que el pontificado, ese poder augusto, desde hace tantos siglos el más vivo y enérgico representante en Europa de los derechos de la legitimidad y de las ideas de orden, de paz y de progreso verdadero, se convirtiera en instrumento de desorden y anarquía y revolución. Y porque el pontífice guardó intacta la dignidad de la tiara y se opuso á tan repugnantes iniquidades, se gritó en Italia: *Viva la libertad y muera Pio IX.*; y empezó la vergonzosa tragedia.

Lo que ha pasado en poco tiempo sobre aquella tierra lo sabemos todos: sucesos, que, por lo enormes y terribles, parecen sueños. Colocándose desde el primer paso fuera del derecho de gentes, la unidad italiana ha parecido como obra extraña á la civilización, y no regida por otras leyes que las de la barbarie. La insurrección violenta, las violaciones é invasiones del territorio en plena paz, el sufragio universal invocado en medio de la guerra por ejércitos invasores para sancionar todas las iniquidades, tales han sido los procedimientos seguidos por el Piamonte para unificar á Italia. En todo tiempo se reprobaron estos actos, como, usurpaciones é indignidades infucas. Hoy, sin embargo, hay quienes, á fuer de liberales, aprueban tales ignominias y las declaran legítimas, porque se llevan á efecto en nombre de la democracia y del sufragio universal. ¿Qué anatemas no se hubieran lanzado sobre la frente de Carlos V, si invadiendo, en el siglo XVI, las montañas de Suiza, con ocasión de los disturbios civiles entre católicos y protestantes, y ocupando militarmente el país, hubiera encubierto tal violación del derecho de gentes convocando á los pueblos para que, por sufragio universal, declararan la destitución

de sus gobiernos locales y la anexion al gobierno del imperio? ¿Qué protestas y reclamaciones no se hubieran levantado en la cristiandad? ¿Qué no hubiera dicho, sobre todo el liberalismo del siglo XIX, contra esta manera hipócrita, páfida, indigna de convocar á la voluntad popular para anular, unas veces los tratados, otras los poderes constituidos y los gobiernos nacionales, permitiendo que con esta sancion comodisima justificara el legislador todas sus iniquidades? Ésta, sin embargo, y no otra, ha sido la historia de Italia unificada por el Piamonte; y Europa ha aplaudido, y las naciones respetan el hecho consumado. El siglo de Maquiavelo no conoció el sufragio universal como base del derecho de gentes; el siglo de Maquiavelo no conoció este artificio, fecundo en perfidias, que consiste en invocar y recoger el sufragio popular en medio de la guerra, entre el estruendo de las armas y las pasiones desencadenadas, poniendo así con fórmulas legales la anarquía al servicio de la fuerza.

Tales iniquidades, y otras mayores, han sido el pedestal de la unidad italiana. Los hombres que la han levantado, poco se cuidaron de respetar derechos y tradiciones y necesidades seculares del catolicismo y de la pátria italiana; más bien parecian querer realizar el desvergonzado programa político-religioso que Federico II trazaba á Voltaire con estas gráficas é impudentes frases: «Pensaremos en la fácil conquista de los Estados del papa, y entonces será nuestro el *paladion* y habrá terminado la escena. No queriendo ninguno de los potentados de Europa reconocer un vicario de Cristo sometido á otro soberano, cada cual se creará en su propio Estado un patriarca. Poco á poco se irán todos separando de la unidad de la Iglesia, y concluirá así cada uno de los reinos por tener su religion, como tiene su lengua propia.»

Por fin, la casa de Piamonte se ha ceñido la diadema del reino de Italia. El rey del Piamonte, hoy rey de Italia, se ha alojado en el Quirinal, y el anciano que ciñe la tiara se ha refugiado en el Vaticano. Pero aunque ahora los césares de Saboya se intitulen reyes de Italia, la corona de la verdadera majestad romana continúa ceñiendo la frente de los papas, que hubieran sido el más firme pedestal de la unidad italiana legítima, pero que se ven en adelan-

1. Guizot, *L'Église et la société chrétienne*, p. 161.

te reducidos, por su propia mision, á ser enemigos irreconciliables de la unidad revolucionaria que allí se ha hecho.

El parlamento italiano funciona en Roma; pero la libertad no funciona en Italia y padece convulsiones. No tiene hoy Italia más que un parlamento, un trono, un sólo y único gobierno central; las leyes que en Roma se promulgan, en toda Italia se cumplen; la centralizacion administrativa más absorbente estrecha con vínculos de hierro todo el cuerpo italiano; pero la unidad italiana tiene en sus cimientos activos gérmenes de disolucion, que la han de traer á podredumbre. Sus horizontes están hoy más oscuros que nunca; y algunas ráfagas de tormenta, que, como el relámpago, precursor de la tempestad, rasgan de cuando en cuando las compactas tinieblas que allí velan el horizonte, presagian cuáles han de ser los cataclismos espantosos que la aguardan. Pavorosos desquiciamientos está preparando á la unidad italiana el radicalismo, protector de la Internacional. Cuide la casa de Saboya de que la Ménade revolucionaria, dócil hasta aquí á los proyectos de la ambicion piamontesa, no encuentre algun día que todavía han quedado incompletos sus ideales con la constitucion monárquica de la unidad italiana; y en medio de una de esas saturnales demagógicas, que periódicamente presenciamos en nuestros días, invada el Quirinal para celebrar allí tambien una orgía, y buscar las coronas del Piamonte y del reino de Italia, y arrojarlas por la roca Tarpeia.

Italia abdicó su génio, renegó de sus glorias y grandezas cristianas, vendió á la revolucion el principio de vida de su nacionalidad en los tiempos cristianos, «la única grandeza que permanecia viva sobre aquel suelo», como decia Gioberti. Vendió el pontificado á la revolucion, y la revolucion le dió en cambio, como precio vil del ajuste afrentoso, una unidad violenta, que no significa redencion, sino servidumbre; una unidad que, en vez de armonizar y respetar derechos, los ultraja y violenta todos, desde los derechos del municipio, de la provincia y de la nacion, hasta los derechos del súbdito y del soberano, los de la Iglesia y del Estado; le dió, en fin, una unidad, que es una caja de Pandora, ya entreabierta, y que va á derramar todos los males y horrores sobre Italia y el mundo. Divorciada de sus pastores, intenta amparar sus destinos bajo el cetro de los césares ó en los sueños de la

antigua Roma, republicana ó imperial. Tal vez los proyectos que revuelve ya su ambición son nada menos que los proyectos del dominio universal, alcanzado por las artes, de la política y de la guerra. Pero si la soberbia no le trastornara la cabeza, podría leer en la historia que, desde la era de Cristo, la Providencia ha lanzado sobre el destino de las naciones el decreto de que no pueda dominar á los imperios otro cetro universal que el cetro espiritual del romano pontífice; y que la nación que intenta faltar á ese decreto se ve en el acto arrojada del cielo, como Lucifer, hijo de la mañana, y resulta abatida y humillada la que se proponía arruinar á las naciones. Podría Italia leer también en la historia, que, desde la era de Cristo, cuantas veces se han querido restaurar sobre su hermoso suelo los recuerdos de la Roma antigua, en detrimento de la Roma cristiana, del Norte y del Sur, de Oriente y de Occidente, sin que se sepa quién los envía, acudieron siempre guerreros conquistadores, hordas feroces, sarracenos y normandos; alemanes, francos y españoles; césares y dictadores extranjeros, cruzando los mares ó salvando las cumbres de los Alpes, vinieron á dominar aquella tierra; y surgieron en el interior bandos de condotieris y capuciatos, facciones de güelfos y gibelinos; y entre los gibelinos, capuletos y montescos, y aristocracias insolentes, y demagogias brutales; y todos estos elementos de opresión y anarquía, revueltos en infernal confusión, representaban allí horribles tragedias, entregando al incendio lo que se libraba del saqueo y del exterminio.

Esta vez todavía no ha sonado la hora de que empiecen á asomar por allí ejércitos y césares extranjeros; pero ya en el seno de aquella patria infortunada el génio de la discordia tiene concitadas sus huestes anárquicas: el radicalismo se ha lanzado ya al asalto por la brecha abierta en el antiguo baluarte de la patria; le siguen de cerca las hordas socialistas, prurriendo en hurras triunfales cada vez que oyen desplomarse alguno de los antiguos muros. Furioso es allí el ataque de la barbárie, y no pueden presentarse más siniestros los vaticinios que anuncian una destrucción espantosa y un desquiciamiento sin ejemplo.

Con flacos recursos cuenta la reciente monarquía italiana para conjurar tan graves peligros. Mal puede, en efecto, luchar contra esa barbárie moderna un poder que no sólo se ha divorciado de

la Iglesia, el más poderoso y enérgico de los elementos conservadores, sino que, para mantener sobre sus sienes la nueva diadema, tiene que sostener lucha terrible con esa misma Iglesia, que no se ha de resignar á ver á su jefe espiritual convertido de soberano en súbdito, y trocada en vasallaje la independencia de que antes disfrutaba como soberano el sacerdote máximo encargado de regir por el orbe los intereses católicos. Nadie puede prever cuáles serán las alternativas de esta lucha. Pero, bien dure una ó dos generaciones, bien sea una lucha secular, como la que durante la Edad Media riñeron los papas con los emperadores de Alemania, la experiencia de las edades pasadas acredita que, más tarde ó más temprano, el triunfo ha de estar del lado del pontificado. Y, aunque el nuevo reino de Italia implore los auxilios y la espada de césares protestantes y cismáticos, el pontificado, que desalojó de Roma á los césares imperiales, y se hizo respetar por los bárbaros, y vió prosternarse á sus pies á Pipino y Carlo Magno, y al mismo Napoleón, y venció á los emperadores de Alemania; y, superior á las más pavorosas tormentas, indestructible como un peñasco, permaneció solo en pié en medio de Europa, cuando tres veces en la sucesión de los siglos se mudaba la faz de nuestro continente, y se desplomaba el mundo antiguo, nació y moría la Edad Media, y sucesivamente se derrumbaban los cuatro imperios gigantescos de los césares romanos, de Carlo Magno, de Carlos V y de Napoleón; el pontificado, que ha visto formarse y desaparecer las soberanías más antiguas que se conocían entre los pueblos europeos, como, por ejemplo, la república de Venecia, y formarse y desaparecer también los tronos y dinastías más seculares; el pontificado, en fin, institucion hoy la más vieja, y por su vitalidad la más joven de Europa, será asimismo más fuerte que la casa del Piamonte. Lo fia la historia. Las gigantescas ruinas de que está Roma sembrada no tienen sino los más funestos augurios para sus nuevos reyes. Consúltelas la casa de Saboya desde el mismo Quirinal, y todas, desde el foro al coliseo, desde la casa de Neron y las termas de Caracalla, y la columna Trajana y el arco de Tito, hasta el panteón de Agripa, todas le dirán que allí hubo césares tan omnipotentes como Diocleciano, que, sin embargo, cuando todavía no habían trascurrido dos siglos desde la crucifixión del humilde pescador de Genezareth, primer príncipe de la dinastía papal, declaraban ya

que «era preferible tener un competidor al trono del imperio, mejor que un obispo de Roma». Le dirán que allí hubo emperadores tan gloriosos como Constantino, que no descansaron hasta salir del recinto de aquella augusta ciudad, y se dirigieron á Oriente para levantar de nueva planta otra metrópoli donde se asentara la sede imperial, pues ya Roma les parecía más una sede pontificia que la cabeza del imperio; le dirán, en fin, que emperadores gigantes, colosos de poder como nunca los ha conocido el mundo, césares que en su dominio no miraban otros límites que los confines de la tierra, césares, para decirlo de una vez, mayores que los reyes de Cerdeña, reinaron en Roma, y tuvieron á Roma por capital de su imperio; y que, sin embargo, á pesar de tantas grandezas, al fin aquellos altivos césares abandonaron la ciudad reina del mundo, para dejar en ella sitio al humilde sucesor de Pedro. Y los siglos, al pasar, han conservado sobre las colinas romanas aquellos esqueletos y grandiosos fragmentos de los palacios de los césares y de los monumentos triunfadores del pueblo rey, para que contesten á quien sepa consultarlos: «Los césares se fueron, y no volverán á la ciudad».

Y los césares se fueron de aquella ciudad, y desde entonces no pueden vivir en ella, á fin de que se cumpla en todos los siglos el decreto providencial de que el papa, allí donde resida, sea también soberano perfecto en el orden temporal. Sin duda ninguna, el poder espiritual es la potestad esencial en el romano pontífice, y el poder temporal una condición accesoria; pero ese accesorio es necesario, y el apoyo y complemento de la soberanía espiritual, la condición externa de su independencia. La soberanía temporal la necesita la tiara, para que sus decisiones estén libres de toda presión exterior, libres de las imposiciones de los césares como de los tumultos populares. Es necesaria á la tiara, para su dignidad en sus relaciones con las demás potencias, porque los soberanos difícilmente reconocerían por jefe espiritual al súbdito de otro soberano. La reclaman también la unidad y buen gobierno de la Iglesia, porque los intereses más fundamentales y el gobierno supremo de ese inmenso cuerpo no pueden estar entregados al arbitrio y facultades discrecionales del poder soberano que gobierne el país donde el pontífice resida. Por eso el mundo católico tiene, no sólo el derecho, sino el deber de exigir que su jefe supremo sea libre é inde-

pendiente; y con el mundo católico, todos los siglos han comprendido que ese pontífice no puede ser libre é independiente sino cuando es soberano; porque el soberano es el único que no depende de nadie. Por comprender que el papa no puede ser independiente y libre si no es pontífice y rey al mismo tiempo, «la cristiandad, como dice Gibbon, obligó al papa á ser rey»¹, y constituyó, en el seno mismo de los siglos bárbaros, la soberanía temporal de los Estados pontificios; y desde entonces ha conservado religiosamente esos Estados para el pontífice, á pesar de todas las vicisitudes y revoluciones de la sociedad europea.

El Piamonte, por lo tanto, destruyendo hoy por la violencia y por la astucia esa obra secular de la cristiandad, se ha puesto frente á frente de los intereses más sagrados del mundo católico, colocando á toda Italia en camino de segura perdición. En vano pretendió satisfacer la conciencia de los fieles promulgando una ley que afianzara la independencia del pontífice; pronto los acontecimientos demostraron que tales leyes no podían ser más que fianzas ilusorias é hipocresías insignes, y que la soberanía territorial es la única garantía eficaz para la independencia pontifi-

¹ «Fueron los pueblos los que forzaron (compelled) á los papas á ser reyes.» (Gibbon, *Histor. de la decad. del imp. rom.*, c. XLV.)

«La institución que mantiene la unidad de la fe, es decir, el papa, custodio de la unidad católica, decía Napoleón, es una institución admirable. Los que ven un mal en que ese jefe sea un soberano extranjero, no tienen en cuenta que precisamente debemos dar gracias á Dios por esta misma circunstancia. Pues qué, puede acaso una autoridad como esa existir en el mismo país al lado del gobierno del Estado? Esa autoridad, si la ejerciera el gobierno, equivaldría al despotismo de los sultanes; pero aislada, hostil tal vez á ese mismo gobierno, produciría una rivalidad espantosa é insufrible. El papa reside fuera de París, y esto es un bien; y como no tiene su sede en Madrid, ni en Viena, toleramos su autoridad espiritual, siendo indudable que lo mismo se ha de pensar en Viena ó en Madrid. En efecto: puede, por ventura, haber alguien que crea que si el papa residiera en París consentirían en acatar sus resoluciones los austríacos ó los españoles? Fortuna grande es que resida fuera del territorio nacional, sin residir por ello en algún otro reino rival nuestro, sino en la antigua Roma. Lejos de los emperadores de Alemania y de los monarcas de Francia ó España, manteniendo el equilibrio entre los soberanos católicos, inclinándose siempre algún tanto hacia el más fuerte, pero alzándose pronto si éste se convierte en opresor. Obra es ésta de los siglos, y no puede darse institución de mayor sabiduría, pues es la más benéfica que se pudiera imaginar para el gobierno de las almas. Y téngase bien entendido, añadía el primer cónsul, que no defendiendo estas cosas por obstinación de beato, sino porque así me lo dicta la razón.» (Thiers, *Histor. del cónsul.*, lib. XII.) Mas tarde olvidó el emperador lo que tan juiciosamente había demostrado el primer cónsul. Su ambición, no retrasada á París la santa sede, pero triste y doloroso encarnamiento vino muy luego á demostrar que erraba profundamente el emperador Napoleón, y le sobraba razón al cónsul Bonaparte.

cia¹. Todo el mundo comprende que la obra que se ha edificado en Italia está en contradicción con el orden cristiano; que el catolicismo y la unidad italiana, tal como está hoy constituida, son dos enemigos irreconciliables, entre los cuales no cabe más que la guerra sin tregua hasta que uno de los dos sucumba². Fácilmente se adivina á cuál de los dos le toca sucumbir.

Para alucinar al pueblo romano se le repite á saciedad que el catolicismo le tenía secuestrada su soberanía é independencia nacional. Rídica declamación é impudente calumnia. Jamás el catolicismo ha secuestrado á los romanos su libertad é independencia, como inicuamente se la han secuestrado en nuestros días los reyes de Cerdeña. Gracias al catolicismo, Roma es la reina y el centro del mundo; gracias á él, Roma ha conservado independencia y bienestar, y disfrutado paces octavianas en medio de las guerras terribles que ensangrentaban á Europa y asolaban sin cesar á Italia, entregándola á conquistadores que despedazaban sin piedad, como botín de guerra, el territorio de la Península³; gracias al catolicismo, Roma se ha mantenido más grande y gloriosa que cuando, por la fuerza de las armas y de la política, era la dueña de las naciones. Justo es, por lo tanto, que el catolicismo tenga á su vez algunos derechos sobre el territorio del gobierno romano; justísimo que el mundo católico vea afian-

1 Véase DUPANLOUP, *Lettre á M. Minghetti*, París 1874. «Sería vano dudar, confiesa el ex-ministro italianísimo Bonghi, que la alocución pontificia de 12 de Marzo de 1877 es el Evangelio de todos. Todo el mundo recuerda lo que es esta alocución: una prueba palpable de que la conducta del gobierno de Italia hacia el pontificado, por las leyes hechas ó prometidas, ó por el conjunto de principios á que obedecía, es tal cual debía esperarse: contradictoria con la declaración hecha al principio por el mismo gobierno de querer respetar la independencia de la santa sede y de estar en disposición de respetarla... Los acontecimientos mostraban, si ya toda razón no había bastado á mostrarlo, que la única garantía eficaz de esta independencia es una soberanía territorial señalada al pontífice.» (BONGHI, *Pío IX y su sucesor*, c. IV, traducción de H. Giner, p. 140.)

2 «Aquellos que escriben que el gobierno italiano aspira á una conciliación con el pontificado romano, no saben lo que dicen. Una conciliación, si se entiende con precisión este término, no puede ser deseada ni por uno ni por otro; sobre todo, que tampoco es posible. El pontificado no puede mantener su reputación de autoridad universal y su eficacia como tal, sino á condición de no estar ni aparecer ligado con el gobierno italiano. El día que se le creyera enlazado con éste, cesaría de obtener la confianza de los católicos de las otras partes de Europa, y aun del mundo.» (BONGHI, obra citada, capítulo III, p. 112 de la misma traducción.)

3 «Si Rome n'est plus assez puissante pour faire la guerre, sa faiblesse fait son bonheur. C'est le seul Etat qui ait joui des douceurs de la paix.» (VOLTAIRE, *Dictionnaire philosophique*, art. cour de Rome.)

zados sus intereses y derechos en el recinto de su capital. Por mucho que declamen los tribunos, no conseguirán arrancar del libro de la historia las páginas que recuerdan lo que ha sido para Roma la soberanía gloriosa y salvadora de los pontífices; ni podrán ocultar que, desde que se levantó en Roma el gobierno pontificio, hay allí dos tradiciones opuestas, que con religiosidad debe tener siempre presentes en la memoria todo romano amante de su patria. Hay la tradición de la Roma rebelándose contra los papas, y cayendo al instante bajo el poder del puñal demagógico ó de las facciones aristocráticas, ó de cesarismos brutales. Hay la tradición de la Roma prostituida por las Teodoras y Marozias, esclavizada por los césares alemanes, revuelta en sedición y entregada á los proyectos insensatos de los Arnaldos de Brescia, Rienzi, Porcaro y Garibaldi; la tradición, en fin, de lo que en nuestra edad se ha llamado la *fièvre Italia*, y que no es más que una Ménade vieja, licenciosa y repugnante, que hace siglos vaga por Italia, y ha aparecido más de una vez por el territorio pontificio. Enfrente de esta tradición está la tradición augusta y gloriosa de la Roma gobernada por los papas, la Roma de los Gregorios, Inocencios, Leones, Sixtos, Pios, la metrópoli del universo, la reina de las ciencias y de las artes, la cúpula del edificio de la civilización europea. Y cuantas veces Roma ha sido rebelde y desoyó la voz de sus reyes-pontífices, otras tantas vió ensalzada en sus muros la dinastía del crimen, y no ha recogido jamás sino afrontas y las abominaciones de la indisciplina social. Césares extranjeros ó gobiernos revolucionarios, sin otros títulos de legitimidad que la violencia, sin otras aspiraciones que concupiscencias sin freno, la encenagaron en oprobiosa servidumbre, ó bien tribunos desalmados la deshonraron con crímenes espantosos. No pudo dejar de ser la ciudad pontificia sin convertirse en una especie de meretriz, que, esclava ó indisciplinada, ponía al mundo en conmoción y atraía sobre el suelo de Italia horribles desastres. Un siglo eran los bárbaros del Norte y los longobardos los que se apoderaban de ella; otro eran los sarracenos y los emperadores francos ó sajones. Los condes de Túsculo y los marqueses de Toscana; las facciones de los Cunci, de los Colonna y de los Ursinos; los emperadores germánicos; Felipe el Hermoso y Luis de Baviera; Rienzi y los Visconti; las bandas de lasquetetes del condestable de Bor-

bon; los regimientos de la Convencion francesa; los soldados de Bonaparte y las hordas de la joven Italia, produjeron allí sucesivamente espantosas tragedias. Desde el papa Liberio hasta Pio IX, cuarenta y siete pontifices, sobre doscientos sesenta que cuenta la augusta dinastia, anduvieron fugitivos ó desterrados de sus reinos, ó murieron en cautiverio. Siete veces la ciudad eterna estuvo entregada al saqueo y al incendio; los hombres la han visto del todo desierta y arruinada hasta en sus cimientos; en sus plazas públicas se han proclamado todos los poderes y todas las formas de gobierno, y todos los poderes, excepto el del romano pontifice, no han producido en ella más que desolacion y ruina. Cuando estuvo en tales momentos de angustia, con toda verdad podia resonar entre sus muros la lamentacion del profeta: «¡Oh, qué triste y desierta está la ciudad antes tan populosa! ¿Cómo la reina de las naciones, la que los pueblos venian desde muy lejos á admirar, se convirtió en una ciudad desolada? ¿Cómo la soberana de tantas provincias es hoy tributaria de los que la oprimen? No cesa de llorar noche y dia; afliccion y lágrimas continuas han surcado sus mejillas. Las calles de Sion lloran su soledad; nadie acude á la solemnidad del templo. Su suelo está desierto, rotas sus puertas, consternados de dolor sus sacerdotes.....» Creeríase que mejor todavia que sobre el cautiverio de la Jerusalem del pueblo judío, la lamentacion del profeta se inspiró sobre los cautiverios de la nueva Jerusalem cristiana. Roma, sin los papas, parecia una reina destronada sumida en amargura y desconsuelo. A la ausencia de los pontifices la llamaban los romanos su cautividad. La traslacion de la sede pontificia á Aviñon fué para ellos «el cautiverio de Aviñon»: los anales de su historia no le quieren dar otro nombre. Y mientras duraba ese alejamiento, Roma, con insistencia, enviaba sentidas súplicas á su soberano para que volviera á vivir en las márgenes del Tíber y á orar junto al sepulcro de Pedro. A los pies del pontifice venia entonces Petrarca á cantar las tristezas de Roma, viuda triste y sin consuelo, como Jerusalem en tiempo del cautiverio. Ni la misma Láura arrancó de la lira del vate acentos tan melancólicos y conmovedores como los lamentos con que interpretó el poeta la tristeza de Roma abandonada. Y despues de Petrarca, á nombre, no sólo de los romanos, sino tambien como mensajero intérprete de la voluntad de Dios, acudió Santa Cata-

lina de Senna á reproducir la misma súplica que los romanos y la cristiandad dirigian al pontifice para que volviera á la capital del mundo cristiano.

Pero volvian los papas, y con ellos volvía la paz, la prosperidad, la alegría; se repoblaba la ciudad, se restauraban los monumentos, florecian de nuevo las artes, las ciencias y las letras, y Roma erguíase otra vez como la reina querida de las naciones. Así, en todos los siglos, con persistencia increíble, y venciendo todos los obstáculos, ha demostrado la historia que los papas, que se vieron ceñidos de la diadema romana sin haberla deseado jamás, la recobraron tambien cuantas veces la perdieron, y fueron los únicos soberanos cuyo dominio no resultara funesto para Roma.

Hay, pues, necesidad imperiosa para Italia y para el mundo católico de volver al pontifice los bienes de su soberanía temporal, respetando los intereses y derechos del catolicismo, que reclama la independencia verdadera y absoluta de su jefe espiritual: independencia que no puede ser ni absoluta ni verdadera, si no recobra el papa el carácter de soberano temporal y supremo poder político en el territorio que ocupa. No ha sido sólo nuestro siglo quien, interpretando un hecho necesario para la cristiandad, ha dicho: «Es necesario que los dos poderes estén reunidos en el Estado romano, para que vivan separados en el resto del mundo». Esto mismo lo sintieron y conocieron tambien muchos siglos antes los grandes instintos del cristianismo y los más altos intereses de la civilizacion europea. Sobre esa necesidad, universalmente sentida por las sociedades cristianas, se edificó la soberanía temporal de los papas. La union del poder temporal y del poder espiritual del pontificado ha sido, en efecto, el resultado de una necesidad imperiosa y de una condicion en todos los siglos sentida para la independencia de la Iglesia. Esta necesidad es la que realmente ha hecho al papa rey, y le ha mantenido rey, á pesar de los más extraordinarios obstáculos. Pipino, Cárlo Magno, Luis, Lotario, Oton, la condesa Matilde, con sus donaciones, aparecen en la historia como fundadores de la soberanía temporal del pontificado; pero, en realidad, antes de Pipino la fuerza y la necesidad de las instituciones cristianas habian comenzado esa obra, y la formacion lenta y oculta del Estado pontificio es uno de los más

extraordinarios acontecimientos que ofrece la historia. «Desde que empezó su misión religiosa el pontificado, dice Guizot, necesitó, para el libre ejercicio de sus atribuciones espirituales, absoluta independencia, y, por lo tanto, cierto grado de autoridad temporal; y esta autoridad temporal la adquirió primero en Roma, luego en torno de Roma y en otros puntos de Italia, insensiblemente, y por títulos diversos: primero, como magistratura municipal; luego, como propietario territorial y en virtud del poder político, entonces inherente á la propiedad; más tarde á título de soberanía plena y directa. Las posesiones y el gobierno vinieron á manos de los papas como apéndice natural y necesaria consecuencia de su gran función religiosa, y á medida que esta función se desenvolvía. Las donaciones de Pipino y Carlo Magno no han sido sino uno de los principales incidentes de este desenvolvimiento, á la vez temporal y espiritual, iniciado desde edad muy temprana, y secundado por el instinto de los pueblos como por el favor de los reyes. Brigiéndose cabeza de la Iglesia, y realmente nada más que por serlo, el papa se hizo soberano de un Estado»¹. «Tan universal era la idea de la soberanía pontificia anterior á las donaciones carlovingias, y parecía tan incontestable, dice Maistre, que Pipino, antes de atacar á Astolfo, le envió repetidas embajadas exhortándole á restablecer la paz y á *RESTITUIR las propiedades de la Santa Iglesia de Dios y de la república romana*. Y el papa, por su lado, conjuraba al rey longobardo, rogándole por medio de sus legados que *RESTITUYERA de buen grado y sin efusión de sangre las propiedades de la Santa Iglesia de Dios y de la república de los romanos*; y en la célebre carta *Ego Ludovicus*, Luis el Debonario expresa que *Pipino y Carlomagno habian desde hace tiempo, por un acto de donacion, RESTITUIDO el exarcado al bienaventurado apóstol y á los pontífices*.

«En la Roma pagana el pontífice romano incomodaba ya á los césares. No era más que un súbdito; tenían contra él todos los poderes; él nada podía contra ellos; y sin embargo, no podían mantenerse al lado suyo. Veían impreso sobre su frente el sello de un sacerdocio tan eminente, que el emperador, que entre sus títulos contaba el de soberano pontífice, sufría en Roma al papa con más

¹ Guizot, *L'Église et la société chrétienne*, p. 144.

desagrado que hubiera sufrido en los ejércitos un César que le disputara el imperio. Una mano invisible los lanzaba de la ciudad eterna para entregarla al jefe de la Iglesia eterna. Quizás en el ánimo de Constantino un principio de fé y respeto vino á mezclarse con este sentimiento de envidia de los césares; pero no vacilo en creer que, en la determinación que siguió de trasladar la sede del imperio, influyó este sentimiento mucho más que todos los motivos políticos que se le atribuyen: *asi se cumplía la voluntad del Altísimo*. Los mismos muros no podían encerrar al emperador y al pontífice: Constantino cedió Roma al papa. La conciencia del género humano, que es infalible, no lo entendía de otra manera, y de aquí nació la *fábula* de la donación, que es *muy cierta*.

«La antigüedad, que gustaba de verlo y tocarlo todo, hizo pronto del *abandono* (que no hubiera sabido cómo llamar) una *donación* en forma. La *vió* escrita sobre pergamino y depositada en el altar de San Pedro. Los modernos gritan *falsedad*; pero es la inocencia misma quien refiere así sus creencias. Nada hay más cierto que la donación de Constantino. Desde ese momento los emperadores no se encuentran en Roma dentro de sus dominios. Parecen extranjeros, que de cuándo en cuándo vienen á alojarse en ella con permiso. Pero hé aquí algo más extraño todavía: Odoacro, con sus hérulos, viene á poner fin al imperio de Occidente en 475; poco despues los hérulos desaparecen ante los godos, y éstos, á su vez, ceden el puesto á los longobardos, que se apoderan del reino de Italia. ¿Qué fuerza es la que, durante más de tres siglos, impidió á todos los príncipes que se fijaran de una manera estable sobre su trono de Italia? ¿Qué brazo era el que los rechazaba á Milan, á Pavia, á Rávena, etc? Era la *donación*, que obraba sin cesar y que partía de demasiado alto para que no se cumpliera.

«La soberanía, por naturaleza, se parece al Nilo: oculta su origen. Sólo la de los papas deroga la ley universal. Todos sus elementos están al descubierto, á fin de que sea para todos visible, *et vineat cum iudicatur*. Nada hay más evidentemente justo en su origen que esta soberanía extraordinaria. La incapacidad, la bajeza, la ferocidad de los soberanos que le precedieron; la inaguantable tiranía ejercida sobre los bienes, las personas y la conciencia de los pueblos; el abandono formal de estos mismos pueblos, entregados sin defensa á inhumanos bárbaros; el grito de Occiden-

te, que abdica su amo antiguo; la nueva soberanía, que surge, progresa y se sustituye á la antigua sin conmociones, sin insurrección, sin efusión de sangre, impelida por una fuerza oculta, inexplicable, invencible, y jurando fé y fidelidad hasta el postrer momento al débil y despreciable poder que iba á sustituir; el derecho de conquista, en fin, alcanzado y solemnemente cedido por uno de los más grandes hombres que hayan existido jamás, por un hombre tan grande que la grandeza ha penetrado su mismo apellido, y la voz del género humano la ha llamado *grandeza*, y no *grande*: tales han sido los títulos de los papas, y nada parecido ofrece la historia».

Sobre estos juicios que preceden, emitidos por dos tan grandes pensadores, calvinista el uno y el otro-piamontés y católico, fuera inútil citar otros innumerables testimonios de historiadores, filósofos y hombres de Estado de todas escuelas. El pontificado ha tenido en todo tiempo enemigos tan poderosos y apasionados, como fieles sumisos, y entusiastas; no faltaron nunca escritores y tribunos, hombres de Estado, reyes y emperadores dispuestos á emplear todas sus armas y recursos para destruirlo; pero desde las opiniones y escuelas más encontradas, todos los hombres de algun entendimiento reconocieron con singular unanimidad «*que el papa no puede ser súbdito de ningún príncipe*». Mejor que nadie lo han comprendido siempre los enemigos del papado, y hoy, como en toda ocasion en que se trató de destruir esa institucion, no ha descubierto la política anticatólica arma más páfida y terrible que la de procurar convertir al papa en súbdito de alguna potestad temporal. En vano, pues, tratan de demostrarnos ahora que el poder temporal es inútil para el pontífice. Tan convencidos como el creyente están ellos de lo contrario; y unos y otros comprenden que por ello la actual unidad italiana es incompatible con el catolicismo.

Nada más claro, nada más legítimo que el origen del poder temporal de los papas; nada más extraordinario que su perpetuidad y duración; nada más justificado que la necesidad de su existencia. La necesidad del papa soberano temporal se impuso como hecho necesario en la historia desde los tiempos de la Roma pagana, y

se impone igualmente como hecho necesario en el siglo XIX, y se impondrá en todas las edades mientras el catolicismo esté en pié. Por esa necesidad de la constitucion cristiana, los papas son reyes y su corona es la más antigua que hoy conoce Europa; y por ella tambien los papas son los únicos soberanos que desde hace diez siglos vienen poseyendo los mismos territorios, ni disminuidos ni aumentados por usurpacion ó conquistas. Por esa necesidad los césares imperiales salieron de Roma para Constantinopla; por esa necesidad, á pesar de tres mortales siglos de caos y desquiciamiento sin ejemplo, ninguno de los reyes bárbaros invasores y conquistadores del reino de Italia, pudo levantar trono en Roma, la capital codiciada, y unos tras otros tuvieron que llevar su córte á Milan, á Pavia, á Rávena y demás ciudades de las provincias italianas. Por esa necesidad, Pipino, Cárlo Magno y la condesa Matilde hicieron sus donaciones; por esa necesidad, el cuerpo germánico, que se llamaba el *Santo Imperio romano*, y que arrastrado por la ambicion de sus emperadores queria dominar en Italia y Europa como único dueño, salió vencido en la memorable lucha del sacerdocio y del imperio. Por esa necesidad, tras de las conquistas y devastaciones de los ejércitos de la república una é indivisible, surgió de nuevo el papa-rey sobre las ruinas de la república romana y de la dominacion napoleónica; por esa necesidad, en fin, los césares de Piamonte tendrán que imitar á los césares romanos que emigraron á Bizancio, y á los reyes bárbaros que buscaron otras capitales. Por esa necesidad quedará aplastada la actual unidad italiana.

El catolicismo oyó, y no las ha olvidado, ni las olvidará mientras dure la presente cuestion romana, aquellas célebres palabras pronunciadas por el conde de Cavour en el parlamento italiano: «Santísimo padre, el poder temporal no es para vuestra santidad una garantía de independencia; renuncie vuestra santidad á él, y le daremos las franquicias espirituales que inútilmente ha pedido desde hace tres siglos á las potencias católicas, y de las cuales apenas vuestra santidad ha conseguido arrancar algunos girones por medio de los concordatos que difcultan la accion de la santa sede. Nosotros ofrecemos á vuestra santidad estas franquicias completas, y proclamamos este gran principio: la Iglesia libre en el Estado libre.» Como recurso diplomático podrán ser tales declaracio-

nes alegatos hábilmente escogidos por un hombre superior en las intrigas de Estado; pero el catolicismo está muy lejos de creer lo que en el fondo tampoco creía el mismo conde de Cavour. ¿Cómo ha de consentir el catolicismo el violento despojo de los poderes temporales que afianzaban la independencia de su jefe espiritual? ¿Cómo ha de consentir que los pueblos vuelvan la espalda á la autoridad augusta que los sacó de la barbárie y levantó por el orbe la constitucion cristiana? El catolicismo no se ha dejado engañar por el principio de que el papa no necesita el poder temporal para la independencia de su autoridad espiritual; tampoco se ha dejado engañar con la máxima «la Iglesia libre en el Estado libre», proclamada hipócritamente en el momento mismo en que el Piamonte entraba á mano árida en el patrimonio católico, y destruía las tradiciones y los cimientos de la constitucion de la Iglesia. El catolicismo ha protestado y mantiene su protesta, y esta protesta católica es el peligro más grave, la amenaza más terrible que pesa sobre la Italia moderna, y fatalmente ha de traer la destruccion de su reciente unidad. Si Italia persiste, la Iglesia llorará tiempos (un siglo ó dos quizás) de lucha y sufrimientos; pero Italia irremisiblemente irá á perdicion.

Para conjurar tan inminentes peligros, Italia busca apoyo y contrae estrechas alianzas con los enemigos del catolicismo, hoy capitaneados por el nuevo imperio germánico; y funda sus esperanzas en el desquiciamiento de Francia por el radicalismo revolucionario, ó en la ruina de aquella nacion por ejércitos prusianos. No puede darse más triste y misero espectáculo que el de una nacion extraviada de sus propios destinos, divorciada de sus seculares intereses de raza, separada de sus naturales aliados, y lanzada aventurera á todos los azares de una lucha, en la cual, si otros vencen, ella no puede recoger sino magnos descalabros. Ese espectáculo se prepara á ofrecerlo Italia. Busca la alianza alemana, y Alemania, por ahora, aceptará sin reparo sus ofertas, y la explotará con gusto mientras no se trate sino de la primera parte del drama, es decir, de la ruina de un adversario poderoso; pero, conseguido su intento, cuando ya no necesite de Italia para nada, bien puede ésta temer que Alemania triunfante se dirija contra ella, y la oprima y envilezca con más fúria y vigor que hizo en lo pasado. Los italianos tienen olvidado, sin duda, desde hace

ya mucho tiempo, que Conradino de Hohenstaufen murió en Nápoles sobre un cadalso, que los emperadores de Alemania no se creían emperadores hasta ser coronados en Roma, y que el cuerpo germánico no ambicionaba mejor título que el de sacro-romano imperio de Occidente; pero Alemania, para realizar sus proyectos, se acordará de todo eso y de muchas cosas más si fuera menester.

El alemán no olvida nada, tal es su carácter, y sabe en política hacer magistral uso de los más viejos recuerdos de su excelente memoria.

Italia se ha divorciado de Francia, á quien tanto debe; se ha hecho enemiga de Francia, y firma pactos de alianza estrecha con los mortales enemigos de esta nacion; Italia espera y desea que en la empeñada contienda ha de salir humillada y deshecha la noble y providencial nacion de los francos. Grandemente se equivoca si así lo cree. Francia no puede perecer. Quizás no ha habido siglo alguno en la historia moderna, en que por un momento no se pudiera creer que Francia iba á quedar para siempre desmembrada y destruida. Grande era en el siglo XVI el imperio de Carlos V: temian entonces, con razon, las naciones que se constituyera en Europa la monarquía universal. Flacas eran las fuerzas de Francisco I comparadas con las de su poderoso y activo rival. Sin embargo, Francia contuvo por entonces á la casa de Austria, y más tarde Richelieu partió en dos mitades el poder de aquella temible corona. A principios de la centúria pasada, cuando tan terribles y repetidos desastres destruyeron los altivos ejércitos de Luis XIV, ¿qué esperanzas no concibieron las potencias enemigas de poder desmembrar el reino de Francia! Todo, sin embargo, cambió en un instante de aspecto: la corona de España quedó en la casa de Borbon, y Francia concluyó la lucha aumentando su territorio. En nuestro siglo, ¿qué no podía en este sentido prometerse Europa, coaligada vencedora en Waterlóo, y llenando á París de sus ejércitos triunfadores? Y sin embargo, en este mismo siglo, de nuevo hemos visto á Francia árbitra de los destinos de Europa. Ahora también, que las armas francesas han sufrido inauditos desastres, y la capital ha tenido que capitular ante el enemigo invasor, y el rey de Prusia se ha coronado emperador de Alemania en los mismos palacios de Luis XIV, parece natural creer en la ruina de Francia y confiar en que ha concluido para

siempre su preeminencia en Europa; pero desgraciada la nacion que especule y funde sus planes sobre esta esperanza vana. Francia no ha perecido, y Alemania lo ha de saber. No juzguemos tampoco de los destinos de la nacion vecina por los delirios y continuadas crisis sociales que en ella produce la revolucion: seria juzgar de un hombre sensato por sus delirios en un acceso de fiebre. Si hoy la anarquía interior divide á los francos, y produce delirios y desvarios en los más fundamentales asuntos de la gobernacion de su Estado, cuando llegue el fin de las revoluciones, Francia se erguirá más católica y fuerte que nunca. ¡Ay de Italia, si entonces la tiene por enemiga y ha de saldarse con ella cuenta de agravios!

Si quieren los italianos evitar tan crueles destinos, si quieren desvanecer esas nubes de tormenta que ya oscurecen los horizontes de la hermosa Península, desistan del loco empeño de mantener su unidad á costa de la independencia del pontificado. Comprendan que sus intereses no son otros que los católicos; que sus destinos los llaman á militar en las filas de los pueblos latinos, y que ellos, raza y nacion latina, únicamente hallarán grandeza y volverán á su antigua preponderancia si, en el choque teutónico y eslavo contra el cuerpo latino, no queda deshecho el equilibrio europeo por la invasion de las razas del Norte.

Á los Estados de Italia con el papa les corresponde ocupar el más elevado puesto entre las naciones latinas. Si su fuerza y elementos de poderío no les dan el lugar preeminente en el orden del dominio material, en cambio, por las grandes tradiciones de su nobilísimo suelo, y sobre todo, por encerrar en su seno al pontificado, base esencial del edificio europeo y clave de la cristiandad, les corresponde el primer puesto moral entre las naciones cristianas. Pero Italia, sin el papa, es una nacion sin destinos; Italia, sobre todo, colocándose frente á frente del pontificado y del catolicismo entero, es nacion destinada á total ruina.

Puede Italia ser grande, libre y una, si respeta los derechos del pontificado. Inapreciables servicios han prestado en todo tiempo los papas á la libertad y á la independencia italiana. En los dias de la lucha del sacerdocio y del imperio, cuando los emperadores de Alemania querian resucitar el imperio de Occidente con el nombre de sacro-romano imperio, «los papas, jefes naturales de la aso-

ciacion italiana, como dice De Maistre ¹, y protectores natos de los pueblos que la constituian, presentaron su indomable resistencia al renacimiento en Italia de ese poder nominal, que ni era *sacro*, ni *imperio*, ni *romano*, y no se proponia sino esclavizar á toda la Península:

Che Apenin parte, il mar circonda é l'Alpe;

y el imperio al fin sucumbió. Hoy tambien el pontificado, respetado en sus derechos, podria comunicar á la unidad italiana la solidez y grandeza que tanto necesita, y el catolicismo entero tendria puestos sus intereses más altos en que Italia se mantuviera libre y unificada.

¹ Du pape, lib. II, c. VII.

